

Felicita a las ganadoras y el ganador  
del concurso de anécdotas:



"Cuenta la  
elección"

**Categoría "B"**

Ciudadanas y ciudadanos del estado de Jalisco  
mayores de edad.

[www.iepcjalisco.org.mx](http://www.iepcjalisco.org.mx)





**Fátima Gil Sánchez.**

**22 años.**

## "Ojos de un niño"

*El seis de junio me levanté muy temprano luego de dormir tres horas. Estaba ojerosa, cansada e irritable, con un solo pensamiento en la cabeza: no quiero salir a votar.*

*Alguien pronosticó una gran tormenta para ese día, sin embargo, el cielo estaba tan azul y despejado que tuve que abandonar la idea de poner a la lluvia como pretexto para no salir a buscar mi casilla.*

*Casi me alegré cuando mi jefe me llamó para pedirme que fuera a trabajar. Mi pueblo es pequeño y todas las personas nos conocemos entre nosotros, así que mientras caminaba hacia el negocio, un niño me abordó para saludarme emocionado:*

— ¡Señora! ¿Usted ya fue a votar? Yo ya, mire mi dedo.

*El chiquillo no usaba cubrebocas y noté que a su sonrisa le faltaban varios dientes cuando me mostró su pulgar pintado con marcador permanente. Hice un gesto de asombro, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.*

— ¿Cómo le hiciste? ¿No te pidieron tu credencial?

— No, porque a los niños no nos piden — explicó apresuradamente —. Usted también tiene que ir a votar porque es un derecho.

— Ah, ¿y que es un derecho?

— Algo que no te pueden quitar.

*Ese chiquillo me hizo recordar la emoción que sentía el día de las elecciones cuando era una niña. Por supuesto, no sabía muy bien qué implicaba la democracia de la que tanto hablaba la gente en la televisión y en las calles, pero en mi cabeza infantil parecía algo mágico. Al ver a mis papás regresar a la casa con sus pulgares marcados de tinta indeleble, mi corazón se agitaba deseando que llegara el momento en el que yo también pudiera votar.*

*Ahora que el tiempo me alcanzó con rapidez quisiera volver a ser la niña de antes, con los ojos llenos de ilusión y la cabeza inundada de sueños. ¿Por qué a los adultos nos cuesta tanto trabajo tener fe? ¿En qué momento de la vida nos desencantamos de las cosas?*

*La respuesta me la dio una señora que entró a mi trabajo para comprar un refresco y unas galletas, riéndose cuando le pregunté si ya había votado.*

— No, hija — contestó —, ya no le hago a esas cosas. Los candidatos son bien pinches rateros y nunca ayudan al pueblo.

*Las palabras de esa mujer no me parecieron extrañas; eran las mismas que decían mis abuelos, las que circulaban en los grupos de internet y esas que yo llegué a pronunciar en los meses anteriores a la jornada electoral.*

*Todo el día me cuestioné si mi voto serviría de algo en estos tiempos. ¿Quién querría salir, con la pandemia tan presente y pisándonos los talones, a emitir un voto que probablemente se perdería*



*entre otro millón, como una hoja de papel volando en un huracán?*

*Cuando salí de trabajar eran las cinco de la tarde; faltaba una hora para que cerraran las urnas, pero decidí no darme prisa y mejor comprar un tejuino en el tianguis enfrente de mi casa. Ahí es donde vi a don Pancho.*

*Conozco a don Pancho de toda la vida. Solía trabajar para mis tíos y después para mis papás incluso antes de que yo naciera; ahora es un adulto mayor y dice que no puede acordarse del día de su cumpleaños sin importar cuantas veces se lo repetimos.*

*Según me contó mi mamá, don Pancho no tiene familia, así que nosotros somos lo único que le queda ahora que se ha vuelto más frágil y vulnerable. No sabe leer, tiene un leve tartamudeo que a veces no lo deja hablar tranquilamente y fue diagnosticado con una enfermedad degenerativa en los ojos, que terminará dejándolo ciego en unos cuantos años.*

*A pesar de eso, don Pancho siempre está alegre y de buen humor. Se emociona por las cosas más sencillas de la vida, como los perros, la música de la radio, el pan dulce y el helado de vainilla.*

*Siempre trata de hacerse el valiente, pero yo he visto que tiene mucho miedo, en especial porque ahora usa un bastón y necesita que alguien lo ayude a llegar a su casa en las noches.*

*Por eso cuando lo vi sentado en una banca, decidí acompañarlo un momento.*

*— Panchito, ¿quieres un tejuino?*

*— No, la doctora del Centro de Salud me dijo que no puedo tomar nada helado porque estoy malo de la garganta — me dijo.*

*Ah, ¿y qué andas haciendo por acá todavía? La expresión en su rostro se volvió triste.*

*Es que quiero ir a votar.*

*Si existía alguien que esperaba con ansias las elecciones, ese era don Pancho. Conocía a cada uno de los candidatos por nombre y apellido y se tomó el tiempo de analizar sus propuestas, pidiéndome que se las leyera y explicara con detenimiento.*

*Siempre ha sido muy comprometido con lo que él considera su “deber de ciudadano”, expresión que aprendió por uno de mis tíos. Incluso una vez, hace mucho tiempo, a don Pancho lo invitaron a ser funcionario de casilla, pero como no sabía leer tuvo que decir que no. Se puso tan triste que tratamos de darle ánimos diciéndole que terminaría cansado de contar votos, pero él no nos creyó y pasaron varias semanas hasta que olvidó el incidente y volvió a ser el mismo hombre alegre que todos conocemos.*

*Siempre me costó trabajo entender por qué don Pancho se ponía tan terco tratándose de las votaciones, pero ahora entiendo que mi perspectiva estaba cerrada. Me volví indolente y cínica frente a mis creencias de la niñez, así que me concentré en sentirme pequeña, no solo como persona, sino también como mexicana, pensando que mi voto era tan insignificante que no valía la pena ejercerlo, pero don Pancho me demostró lo contrario.*



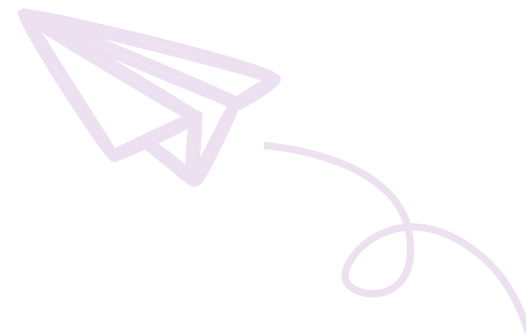
*Lentamente estaba perdiendo la vista sin poder hacer nada para evitarlo y aunque sabía que llegaría el momento en el que tendría que aprender a vivir entre las sombras, don Pancho se mantenía firme y tranquilo, porque sabía que dentro de él existían cosas que jamás podría perder: el derecho de elegir y de soñar.*

*Lo llevé hasta su casilla, y cuando terminó de votar me mostró su pulgar como aquel chiquillo que caminó conmigo en la mañana, con el rostro lleno de inocencia. Don Pancho aún cree en la bondad de la gente y la convicción de que existe la democracia, porque cualquiera puede cambiar al mundo.*

*Cuando fue mi turno de votar por primera vez, lo hice con el corazón ligero, deseando volver a tener los ojos de un niño para buscar un poco de luz incluso en las tinieblas.*

**Ganadora de un reconocimiento  
y un premio de:**

**\$ 10,000**  
pesos





**Miguel Ángel de Híjar Ornelas.**

**25 años.**

## **"A votar, abuela"**

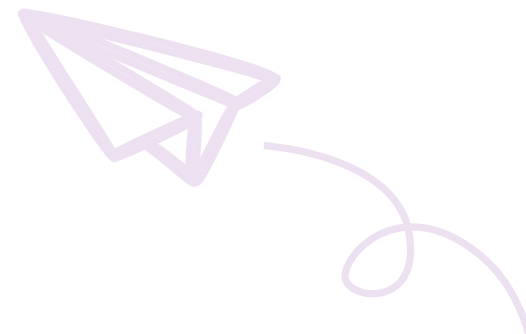
El reloj marca las 08:00 horas. Sobre el calendario en la habitación, con la leyenda Panadería de Lucía e imágenes de bollos recién horneados, se observa un círculo rojo -marcado con visible pulso trémulo- en el recuadro correspondiente al domingo 6 de junio del año 2021. A pocos pasos de la blanca pared donde cuelga el calendario hay una cómoda. Sobre ella, un teléfono antigüito, una serie de papeles reciclados, una pluma y un retrato a blanco y negro en el cual posa un joven alto, moreno, de cabello negro y tupido, viste smoking; a su lado, tomándole la mano, una mujer que apenas aparenta 30 años, cabello rizado, ramo de variadas flores en mano y sonrisa de oreja a oreja. Sólo una cama matrimonial completa los enseres domésticos del sencillo y limpio espacio. En el lecho, con 50 o más años encima, la mujer del retrato. De a poco abre los ojos y, entre quejidos que van de posición en posición, se incorpora. Los cabellos, otrora rubios, son ya una madeja de hebras blanquecinas y grisáceas. Las manos, antes tersas y blancas, ahora son rugosas y manchas cafés las decoran. Los ojos, vivarachos y de aspecto astuto, deben ahora entrecerrarse para ver con claridad. El tiempo, todo él, ha cobrado su paso en aquel cuerpo y el buen mozo de la fotografía no está más. La vieja, madre, hija y abuela, recorre la vista hasta posarse sobre el calendario. La memoria no es lo que alguna vez fue, y en ocasiones el lunes no es lunes, sino jueves, y los sábados se convierten en domingos. Para cerciorarse, avanza con paso cansino hacia el almanaque y, de frente, recorre con el dedo índice recuadro tras recuadro: 1, 2, 3... hasta posarse en el número 6. Las dudas se disipan: es domingo 6 de junio del año 2021. No es necesaria una anotación detallada para recordar con exactitud lo que sucede ese día. Lo sabe bien, lo ha escuchado en la radio y el hombre de las noticias lo ha dicho una y otra vez: "las elecciones más grandes en la historia de México". También, un desfile de personajes multicolor ha tocado la puerta de su morada durante los últimos días. Entusiastas e insistentes, hombres y mujeres reparten ahora un volante, ahora una pancarta y más tarde una calcomanía con leyendas sugerentes como "Unidos vamos por el cambio" y "¡Por una mejor ciudad!" Generaciones políticas ha visto pasar la abuela durante sus varias décadas de vida. Acontecimientos que modificaron la vida del país, del mundo. Como si de una cita en sus años mozos se tratase, se pone encima su mejor ropón y, eso sí, los zapatos más cómodos y mullidos. Esforzándose, abre el primer cajón del mueble en la habitación. Sabe que está ahí, siempre ha estado. Ella y su viejo guardaron, durante tantos años, "los documentos importantes" en ese sitio. Traspapelada, por fin la encuentra: identificación del Instituto Nacional Electoral. Esboza una sonrisa y recuerda al reconvertido Instituto Federal Electoral. Es la hora. Recorre el pasillo que separa la habitación de la puerta del hogar. Ya en la calle, un veloz escalofrío va de la punta de sus pies hasta el extremo de su cabeza. Es la primera ocasión desde que llegó a aquel barrio, enclavado en el oriente de Guadalajara, en Jalisco, que acudirá a votar sin su esposo, su panzón. Sólo tres cuadras la separan de la primaria a la que una y otra vez ha acudido a votar durante los últimos años. Sorteando las banquetas, llega finalmente a su destino y se para frente al portón de entrada. Durante el paso, un automovilista le cede el paso. Ahí, funcionarios de casilla, ciudadanos de a pie, han instalado las urnas donde millones de mexicanos, hacia las 18:00 horas, habrán depositado las esperanzas de un mejor futuro, como cada trienio. La abuela lo sabe con certeza, se lo inculcó a su prole. Una fila de hombres y mujeres por arriba de los 18 años, apenas en formación, también llegan a la cita. El día es soleado, pero el ejercicio democrático, en un marco quizás nunca antes visto, hace de la espera un corto tiempo. Entre los ciudadanos, se percibe el aire decidido de quien tiene en sus manos una valiosa e irrefutable obligación. Mientras espera el momento, cada vez más cercano, la mujer de cabello rizado y semblante cansando pero amable, recuerda cómo inculcó a



hijos y nietos el derecho a votar. Se los dijo y otra vez: "más allá del resultado y a quien favorezca, votar es y será la vía para mejorar el futuro". Y quizás lo que depare el porvenir no será para ella, pero sí para las siguientes generaciones, para los hijos y los hijos de éstos. Absorta, toca su turno. Un virus venido de Asia ha puesto la vida de cabeza, pero acata las órdenes: guarda distancia, permite que se le tome la temperatura y se limpia las manos con gel antibacterial. También, el cubrebocas fijo a la nariz y al mentón. Con ayuda de un chaval, se abre paso hacia la primera mesa del montado escenario de votación. Le requieren su identificación una mujer de unos 45 años, de aspecto severo y gafas de montura, mientras repasa el listado nominal hasta que detecta los mismos datos generales que aparecen en la credencial - puede pasar -, le indican quienes hacen comparsa sobre la documentación de los llamados a votar - gracias -, replica ella, al tiempo que recoge tres boletas que un entusiasta vecino le ofrece. Pasos adelante, la abuela se adentra en la urna. Están solo ella, las boletas donde deberá elegir a quienes la representarán durante los próximos años - el aparato del Estado que deberá reflejar, firmemente, las convicciones del pueblo - y un crayón que se ha unido al encuentro. Uno, dos y tres, marca la abuela. Con firmeza, dobla de apoco cada boleta y, con semblante renovado, deposita papeles y esperanzas en su debida urna. ¿A quién le otorgó su respaldo? Sólo ella lo sabe, que el voto es libre y secreto.

Ganador de un reconocimiento  
y un premio de:

**\$6,000**  
pesos





## **Juana Leticia Aceves Martínez.**

**50 años.**

### **"Un día sin miedo"**

*Me vuelvo a despertar en la madrugada del 6 de julio del 2021, veo en mi reloj que son las 4:37 am. No recuerdo que algo me inquietara tanto como cuando acudo a votar cada tres años, por aquello de saber si estoy eligiendo lo adecuado, porque no es cosa fácil.*

*Pero hoy es sumamente especial, serán las primeras elecciones intermedias concurrentes en todo el país. Eso lo hace histórico, por lo tanto conlleva muchos riesgos y ventajas. Entre los riesgos la presencia de la pandemia. Una gran ventaja es alinear campañas y por ende los proyectos sociales que de ellos resulten de cada cargo a elegir.*

*Trato de ir nuevamente a dormir pero creo que solo consigo conciliar el sueño media hora más y mejor voy a prepararme un café; seguro será el primero de muchos del día. Mientras la cafetera hace su labor, trato de percibir ese delicioso aroma inconfundible que apenas puedo apreciar de manera leve y que gracias a Dios aún conservo el sentido del olfato y del gusto; mismos que perdí temporalmente a consecuencia del COVID 19 que padecí unos meses atrás.*

*Eso es lo que por momentos me desanima para acudir a votar, saber que podría de nuevo contagiarme, pero ahora con más consecuencias para mí organismo y la posibilidad de contagiar a mis seres queridos; pero más me desespera saber que mi voto como el de miles de ciudadanos no participe en este momento tan complicado para mi estado y mi país. Por otro lado, me entristece recordar a mi vecina que falleció de COVID 19. Precisamente ella pasaba por mí para ir a votar, costumbre que teníamos desde hace más de 18 años; eso me impulsa para pensar con más ánimo el ir a votar, creo que ella estaría orgullosa que yo continúe éste deber cívico.*

*Después de estos altibajos emocionales y durante la espera del café, enciendo la radio local para informarme del inicio de la mencionada "Jornada Electoral". Escucho a la locutora dar los buenos días y la bienvenida a su programa. No pongo atención a los primeros minutos, sin embargo cuando comienza a hablar del día de las elecciones, pongo especial interés en los factores de seguridad, pronóstico de afluencia, consideraciones de posibles contagios de COVID e incluso condiciones climáticas. Determino que nada me va a sugerir; todo saldrá bien, hoy más que nunca.*

*Ya son más de las 7:47 de la mañana y ya estoy lista para salir de mi casa, creo que al ser de las primeras en llegar podré regresarme temprano a mi casa. Al ser domingo podré prepararme una deliciosa carne en su jugo, frijoles refritos y agua de horchata; definitivamente me lo merezco.*

*Me pongo doble cubrebocas, guardo gel antibacterial en mi bolsa y me dispongo a ir a mi casilla que me corresponde. Rumbo a la casilla, viene a mi mente recuerdos de cómo han cambiado las elecciones, los diferentes partidos políticos que han participado, sus candidatos y sus propuestas, e incluso la transformación del Consejo Electoral del Estado de Jalisco al Instituto de Participación Ciudadana del Estado Jalisco; el tiempo pasa y no de largo y muchas cosas aún pueden mejorar, hace falta trabajar más como sociedad.*

*Al llegar a la escuela asignada para votar, solo encuentro una fila con su sana distancia integrada por tres posibles votantes y adentro un grupo de personas con cara de preocupación y de malestar, al parecer faltaban muchos funcionarios ciudadanos tanto de los llamados propietarios como suplentes; entre ellos un 2º secretario de mi casilla.*



*Eran ya pasados 17 minutos de las 8 de la mañana, se sentía un ambiente tenso y de incertidumbre. Comenzó el rumor en la fila que el ciudadano 2º escrutador no pudo acudir por síntomas de COVID. Una vez más un escalofrío y temor recorre mi persona, por la posibilidad que los otros funcionarios de casilla pudieran contagiarme al momento de ir a votar. Opto por dar la media vuelta e irme sin más remedio que solo quedarme en el intento de ejercer mi sufragio.*

*Cuando me despedía de los primeros de la fila, veo que detrás de mí ya hay unos 20 ciudadanos esperando votar, en eso escucho que necesitan que apoyemos como funcionarios de casilla los que ya estábamos formados y uno a uno les fueron preguntando si querían participar en esa modalidad. Lo primero que pienso es que de ninguna manera lo podría hacer, no habría forma de convencerme, no en esas condiciones, aún no me sentía recuperada en la totalidad, teniendo mucho cansancio y fragilidad en mis articulaciones.*

*Ninguno de los que me antecedían en la fila aceptó auxiliarlos, parecía que todos tenían en mente el posible contagio, pero más tardé en escuchar los "no puedo" cuando la señorita encargada de preguntar al parecer se dirige conmigo y dice: "no hay quinto malo..." pero era refiriéndose al número del lugar que representaba un joven atrás de mí en la fila. Un nudo en la garganta que me enmudeció y acompañado por una sonrisa nerviosa oculta en mi cubrebocas fue mi única respuesta para agradecer su consideración. En verdad no era mi momento de sumarme.*

*Lo siguiente que escuche para ese joven fue una serie de preguntas para saber si calificaba como parte del equipo en la casilla, mientras un sonoro aplauso colectivo de los ahí presentes formó en este ciudadano un compromiso más grande que mis propios miedos de contagio, tal cual.*

*Ya pasados unos minutos más nos permitieron el ingreso. Al principio el camino para llegar a la mesa de casilla se me hizo muy extenso, como si ya no quisiera entrar y de pronto un amago de tos seca de nervios se quiso apoderar de mi garganta, misma que pude controlar más por la pena de crear una psicosis que por otra cosa. Sin embargo, fue una agradable sorpresa saber que todo estaba perfectamente limpio y sanitizado al momento. Nuevamente la tranquilidad me permitió ver las cosas de manera optimista y aclarar no sólo mi garganta; sino comprobar que verdaderos ciudadanos comprometidos estaban dando seguridad y certeza para acudir a votar.*

*Una vez que hice efectivo mi sufragio y coloqué mis boletas en las urnas correspondientes, sentí que salía como flotando, como si un gran peso me lo quitara de mis hombros, respiré profundamente para retirarme agradecida de verdad, cumplí mi deber cívico sin riesgo de contagio. Ahora seguía alentar a familiares, amigos y conocidos para participar y estar al tanto de esa jornada. Pero aún faltaba mucho para poder dar por terminada la actividad.*

*Ya pasadas las 5 de la tarde, comenzó a caer una lluvia bastante fuerte, muy atípica dirían los meteorólogos. Todo hubiera quedado como una tarde lluviosa de junio, pero recordé que la escuela donde se instalaron las casillas donde había votado, esta en una zona propensa a inundarse y no me equivoqué. Fui para ver que todo estuviera bien, pero desde una cuadra antes ya estaba encharcada toda la calle y al llegar a la escuela estaba el nivel del agua a más de 30 centímetros. Algunos de los funcionarios de casilla estaban en sus respectivas mesas, pero parados en las sillas, otros habían cedido su lugar para los y las más vulnerables, incluyendo al resto de los participantes; con el agua hasta los tobillos y temblando de frío. Esa imagen de vulnerabilidad sí que nos despertó el accionar; aquel que no pudimos aplicar iniciado el día.*



*Creo que era el momento de corresponder al trabajo y entrega que los funcionarios de casilla habían mostrado, en especial aquel joven que tomó un lugar responsablemente para suplir mis deficiencias de salud y de quienes se habían negado a apoyar. Entre familiares y amigos de los participantes comenzamos a sacar el agua con cubetas, envases o cualquier recipiente que sirviera para ese fin, aparecieron personas con escobas, se agregaron vecinos con costales de arena para hacer una trinchera y evitar el regreso del agua, lo más sorprendente es que nadie daba órdenes, todos accionaban y sabían lo que tenían que hacer.*

*Al final pudimos sacar el agua antes del cierre de las casillas, los funcionarios pudieron terminar su conteo, elaborar sus actas y enviar su documentación sin ningún contratiempo y lo más importante que las boletas y las actas llegarían a su destino en perfectas condiciones.*

*Independientemente de los resultados electorales, ese día recibí muchas enseñanzas y me alentó de manera especial el recuperar la confianza en las personas y en sus buenas acciones. Me reencontré con el poder que tenemos los ciudadanos cuando nos organizamos, así como las grandes y magníficas cosas que podemos lograr cuando así nos lo proponemos.*

*Afortunadamente no tuve resfriado alguno con la mojada colectiva y no me volví a contagiar de COVID. Yo a los miedos ya los estoy superando; fui una testigo activa de cómo la sociedad se fortalece ante las pruebas difíciles ¿Valió la pena arriesgarse e involucrarse? creo que sí, ahora sé que sí.*

**Ganadora de un reconocimiento  
y un premio de:**

**\$4,000**  
pesos

